mulas análogas: VIXI DVM VIXI BENE (Gruter... página 742, n. 7), «no he vivido, en verdad, sino lo que he gozado»; Amici DVM VIVIMUS VIVAMUS (ídem, pág. 609, 3), «; amigos míos, vivamos mientras tengamos vida!» Los Griegos tomaban en el mismo sentido su aclamación ZHOI, «vive» (Anthol., l. 1, c. 91, epigr. 1). Desde luego puede comprenderse qué clase de ideas profesaban los paganos, cuando en sus corrompidos festines se dirigían unos á otros aclamaciones como esta: Pie ZESES, «; bebe, vive!»; Anima dvlcis fruamur NOS SINE BILE ZESES, «dulce alma mía, gocemos sin disgusto, vive» (Buon., pág. 201). No era esto, no, moral deseo de vivir felizmente, sino aconsejar una vida de placeres, una vida

Pues, cuando encontramos en los fondos de las copas de los cristianos fórmulas que suenan lo mismo, ¿hemos de admitir que en las agapas, banquetes de caridad y de amor fraternal entre los discípulos de Cristo, banquetes presididos por los pontífices, en presencia de las reliquias de los mártires, hemos de admitir, repetimos, que se tomen en igual sentido que en los desordenados festines de los adoradores de Venus y de Baco? Y, además, las imágenes de los santos que rodean esas aclamaciones, las imágenes de San Pedro, de San Pablo, de Santa Înés y hasta la misma de la augusta Madre de Dios, los hechos del Antiguo y Nuevo Testamento, y sobre todo, el sublime símbolo del Buen Pastor, que en aquellas copas se representan para excitar los fieles á la piedad, ¿no excluye esto toda idea profana, que, por otra parte, nunca sería armónica ni compatible con los principios de la severidad cristiana?

El Pie zeses se tomaba entre los fieles en el sentido de una alegría moderada por las inspiraciones de la fe, alegría de suyo espiritual, v á la que los exhortaba San Pablo: «Regocijaos siempre en el Señor», gaudete in Domino semper (Philip., IV, 4). El deseo que expresa esta fórmula puede á veces referirse á una vida feliz, pero felicidad que concede la virtud y hace la vida santa.

Tal es, sin duda, el sentido de las aclamaciones grabadas en aquellas copas que, por los asuntos que las adornan, sabemos eran usadas en las agapas nupciales (véase la figura del artículo Matrimonio). Su figura representa la ceremonia del matrimonio: dos esposos se dan la mano sobre un altar con la levenda: VIVATIS IN DEO Ó MARTURA EPECTETE VIVATIS, «¡ Martura, Epecteto (estos son los esposos), vivid!» deseos de una unión feliz en Dios (Garrucci, xxvi, 11, 12). En otras partes, siempre con la misma moral intención, figuran dos esposos, en busto, en un medallón: Maxima vivas cvm DEO (idem, tab. XXVIII, 5). - CARITOSA VE-NANTI VIVATIS IN DEO (idem, tab. xxx, 2). Esos deseos de una unión dichosa se dirigian

hoy.» Sus inscripciones funebres ofrecen fór- | también á los cónyuges durante su matrimonio, á veces con motivo del aniversario de su enlace: en ese caso la pareja se representaba con los hijos. Un ejemplo: Pompeiane Teo-DVRA VIVATIS: el monograma de Cristo completa la fórmula in Christo (ídem, tab. xxix, 4). Se encuentran aquí dos niños con el padre v la madre. En una medalla de oro del siglo v, acuñada con motivo del matrimonio de Marciano y de Pulqueria, se lee esta inscripción: Feliciter nuptiis (véase el artículo Numis-

Pero nosotros creemos que lo más común era ocuparse de la vida eterna: para ello conviene no olvidar que estas agapas estaban dominadas por las angustiosas preocupaciones del martirio; que las personas concurrentes hov, con dificultad sumaban el mismo número mañana, y que, por consecuencia, el brindis fraternal que mutuamente se dirigian, era en su pensamiento un adiós, pero un adiós lleno de esa dulce y melancólica alegría que da la confianza en el cielo, algo como estas palabras de animación que San Pedro dedicaba á los que sufren. «Regocijáos los que participáis de los padecimientos de Jesucristo, para que os regocijéis con delirio en el día de la manifestación de su gloria» (I Petr., IV, 13), «communicantes Christi passionibus gaudete, ut in revelatione gloriæ ejus gaudeatis exultantes.»

En su disertación sobre el cuerpo de San Sabiniano, el P. Secchi (pág. 39) emite la opinión de que muchos de esos vasos, por no decir todos, eran cálices, en los cuales recibían los fieles la Sagrada Eucaristía bajo la especie de vino, y que las aclamaciones en ellos inscritas, ocultando bajo formas usadas entre los paganos misterioso significado, tenían por objeto infundir en el corazón de los fieles vehemente deseo de tomar la divina bebida. Difícil sería, en efecto, atribuir distinta intención á la levenda de preciosa taza recogida en el cementerio de los Santos Trasón y Saturnino (Lupi, Dissert. in Sev. epit. in fin.), así concebida: HIE ZHCAIC EN ATAOOIC. En el estilo de los Padres griegos TO AFAOON significaba la eucaristía, el bien por excelencia, y TA AFAOA, ese mismo sacramento bajo sus dos especies. Debería, pues, la antedicha aclamación, leerse así: «¡Bebe, y ojalá encuentres la vida en estos bienes!» Es indudable que la vida á que se alude, es la vida del alma, preludio de la vida eterna.

La multitud de vasos que llevan análogas aclamaciones, parece suponer, prescindiendo de otras pruebas, que contribuyen á fijar el hecho, que cada fiel tenía su cáliz, en el que recibía la preciosa sangre de manos de los diáconos que se la echaban de un gran cáliz con asas, llamado ministerial. Sea de ello lo que fuere, pertenezcan los vasos á la iglesia ó á los fieles, lo cierto es que los vasos se hacían bajo la dirección de los pastores, sin cuya auto-

En los artículos Anillos y Amuletos se encontrará toda una clase de aclamaciones especiales, que tienen, sobre todo, la forma de súplicas ó invocaciones. El pez representado en las tumbas, ya por su figura, ya por su nombre, es también una invocación á Cristo salvador de los hombres (véase el artículo Pez), y cuando el término IXOYC va seguido de la letra N-lua, lo que quiere decir Cristo vence, es una aclamación á Cristo vencedor de la muerte (Fabretti, pág. 329). Lo que con la N sucede con el signo P (véase el artículo Monograma de Cristo). Esta aclamación es frecuente en las medallas bizantinas, donde á veces es reemplazada por su equivalente In noc vinces del labarum de Constantino.

Esta sería la ocasión de hablar de las aclamaciones que tenían lugar en los Concilios; pero no se remontan á una alta antigüedad. La principal era el Kyrie eleison: todos los Padres se ponían de pié, y exclamaban: « Que así sea deseamos», y repetían: «¡Cristo, escucha nuestros ruegos!» (Ap. Macri, Hierolexic, ad h. v.). Había también el Polychronion, πολυχρόνιον, ad multos annos! Puede verse en el artículo Obispos (n. H.) la mención de las aclamaciones empleadas en el acto de la elección y ordenación de los obispos: en el artículo Predicación, las que se dirigían á los predicadores en señal de asentimiento ó de admiración.

ACÓLITOS. — La voz latina acolythus quiere decir compañero (Daude., Hierarch. Eccles., e. XII), y créese que se ha dado este nombre á los clérigos investidos de este orden menor, porque uno de sus primeros deberes era acompañar á todas partes á los obispos y sacerdotes (Duaren., De benefic., l. I, c. 14. - Altaserra, De ecclesiat. jurisdict., l. 11, c. 3).

El papa Cornelio es el primer escritor que hace mención de los acólitos, contando en Roma cuarenta v dos. San Cipriano, su contemporáneo, habla de un Nicéforo, acólito (epistola XLIII).

En África las funciones de los acólitos consistían únicamente en encender los cirios y presentar el vino para la Eucaristía. En la Iglesia romana estuvieron, desde su crigen, encargados de llevar á los ausentes, no sólo los eulogios (restos rotos de pan consagrado que se daba á los que no habían comulgado). sino también la Eucaristía. El acólito Tarsicio fué apedreado por los paganos por haber sido sorprendido llevando la Eucaristía (Martyrol. Rom., 15 ag.) á la ciudad de Roma desde unode los cementerios de la Vía Apia, probablemente el de Calixto (véase De Rossi Rom., S. 11, pá-

He aquí cómo los acólitos ejercían sus funciones en la misa (Ord. Rom., 1 y 11, páginas 13, 14, 44 v 50), al menos en Roma: llegado el acto de la comunión, los acólitos, cada uno con

ridad nada se ejecutaba en materia de culto. | un saco en la mano, subían al altar, unos á la derecha, otros á la izquierda, acompañados de subdiáconos, que llevaban la mano puesta en la boca abierta de los sacos, mientras el arcediano colocaba en su interior los panes consagrados para el pueblo. Hecho esto, los acólitos se separaban: unos llevaban sus sacos á los obispos colocados á la derecha del pontífice, si éste se encontraba alli, y los otros presentaban los suvos á los sacerdotes que estaban á la izquierda, y á los cuales correspondía partir los panes sobre dos patenas que dos subdiáconos tienen en la mano delante de los acólitos (Bocquillot, Traité de liturgie sacrée, pág. 188). Tan esencial era esta función en el orden de los acólitos, que la acción de llevar el saco formaba parte de la ceremonia de su ordenación. Esta ceremonia fué anulada en tiempo del papa Gelasio, porque entonces se había suprimido el antiguo acto de llevar la Eucaristía en sacos, lo mismo á la celebración de la misa que á otra parte (ídem, pág. 151), encargándoseles, en lo sucesivo, tener en las manos la patena y la cánula de oro: presenciaban el escrutinio de los catecúmenos y recitaban con ellos el símbolo (Ord. Rom., VII, ap. Martene, t. I, De antig. eccl. rit.).

En Roma hubo tres órdenes de acólitos: los palatinos, que asistían al Papa en el palacio y en la basilica de Letrán; los estacionarios, que le servían en las iglesias donde tenían lugar estaciones, y los regionarios, que ayudaban á los diáconos en cada region ó distrito de la ciudad. Bosio (Rom. sott., pág. 419) publica el epitafio de Abundantius, acólito de la cuarta región, del título de Vestina. Nosotros poseemos el nombre de un acólito (Víctor) inscrito en una de aquellas láminas de metal que, desde el reinado de Constantino, se tenía costumbre de suspender del cuello de los esclavos fugitivos. Antes, disponían las leyes romanas que en la frente del esclavo fugitivo se marcasen con hierro candente ciertas letras que probaban su delito. (Giorgi., De monogramm Christi, página 39). El monograma de Cristo figurado en esa plancha de bronce, significaba que estos desgraciados eran deudores al Redentor de ese primer consuelo, preludio de ulterior y comoleta emancipación.

Mas tarde hubo en Roma un archiacólito, según el cardenal Benno (Vit. S. Greg., VII) v Luitprando (L. vi, Hist., c. 6). Respecto á los vestidos de los acólitos, véase el grabado del artículo Órdenes menores.

ACRÓSTICOS.—Los acrósticos son una especie de juego de palabras ó una combinación poética que consiste en formar un nombre ó en expresar un pensamiento por medio de las iniciales de cierto número de versos, leyendo aquéllas de arriba abajo.

El primero y más importante de los acrósticos cristianos es el que da la palabra IXOTC, como misteriosa expresión del nombre de Jesucristo, de sus dos naturalezas, de su procedencia divina v de su cualidad de Salvador (véase el articulo Pez).

> Ίησου:.... Jesus..... Jesús. Χριστός... Christus... Cristo. Θεοῦ..... Dei..... De Dios. Υιός.... Filius.... Hijo. Σωτηρ. ... Salvator ... Salvador.

Este acróstico fué reproducido por el incógnito autor de los nuevos libros sibilinos, que datan, según se cree, del año 170 al 180 después de Jesucristo. El citado acróstico fué descubierto el 25 de Junio de 1839, sobre un mármol greco-cristiano, en un poliandrio de Saint Pierre l'Estrier, cerca de Autun, cementerio que San Gregorio de Tours había conocido y que menciona en su libro De gloria confessorum (c. LX XIII). Este monumento, de inestimable valor por más de un concepto, fué desde luego publicado por M. el abate Pitra, más tarde benedictino de Solesmes y por último Cardenal, que se ocupó de él por primera vez en los Annales de philosophie chrétienne (tomo xix, pág. 195).

Las iniciales IXOYC se encuentran también inscritas verticalmente á la cabeza de un epitafio latino, todavía más antiguo, de la colección de Fabretti (pág. 329); pero en este caso se ven aisladas sin tomar parte en la composición de las primeras palabras de cada línea de la inscripción; el titulus de Aschandeus de Autun es el único, de todos los hasta el día descubiertos, que lleva el acróstico IXOYC propiamente dicho.

Parece que en los primeros siglos se prefería, tal vez por motivos de piedad, escribir en acróstico el nombre de Nuestro Señor, en versos á Él dedicados, y los de los mártires y santos en los epitafios grabados en sus tumbas. El Papa San Dámaso se dedicó á menudo á este género de composiciones. Se le atribuyen dos acrósticos referentes al santo nombre de Jesús (Carm., IV y V); citaremos, como ejemplo, el primero:

> I n rebus tantis Trina conjunctio mundi E rigit humanum sensum landare venuste; S ola salus nobis, et mundi summa potestas V enit peccati nodum dissolvere fructu, S umma salus cunctis nituit per secula terris.

También sabemos que este mismo Pontifice compuso una inscripción en honor de Santa Constanza, hija de Constantino, inscripción que fué colocada primitivamente en el ábside de la basílica de Santa Inés, en la Vía Nomentana, iglesia edificada por el primer emperador cristiano á ruegos de su hija. Pueden leerse estos versos en la obra de Bosio (pág. 418).

A veces se tenía la precaución de indicar en la inscripción misma los medios que emplearse debieran para encontrar los nombres escritos | chaïta para el oficio de maitines de la conme-

pez, palabra que la primitiva Iglesia adoptara | en acróstico. Así, después del epitafio de cuatro Santas, LICINIA, LEONTIA, AMPELIA, FLAVIA, publicado por Muratori (Nov. Thes., pág. 1903, núm. 5), se leen estos dos versos, que contienen la clave :

NOMINA SANCTARUM LECTOR SI FORTE REQUIRIS EX OMNI VERSU TE LITERA PRIMA DOCEBIT.

«Si buscas, lector, el nombre de las Santas, la primera letra

El titulus de una cristiana llamada AGATA, dado por Marini (Arvali, pág. 828) concluye por estas palabras que encierran análoga explicación: Eius Autem nomen capita ver-

He aqui otro ejemplo (ibid.): Is cvivs PER CAPITA VERSORUM NOMEN DECLARATUR. Pero todavía aparece con más claridad en una inscripción de la colección de Fabretti (IV, 150): REVERTERE PER CAPITA VERSORUM ET INVE-NIES PIUM NOMEN, «volved al principio de los versos y encontraréis el piadoso (ó el santo) nombre»: este nombre es Anatholia. En la obra del abate Gazzera sobre las inscripciones del Piamonte, tenemos (pág. 91) el epitafio de San Eusebio, obispo de Verceil; las primeras letras de los versos dicen: Evsebivs epis-COPVS ET MARTYR; y la del obispo Celso (ib. 114), cuyo nombre está escrito en acróstico: CELSVS EPISCOPVS.

También se hacian acrósticos dobles. Así. San Aldhelmo, obispo de Salisbury en el siglo vII, ha puesto al frente del libro de sus Enigmas un prólogo compuesto de treinta y seis versos, que dan dos veces, esto es, por sus iniciales y sus finales, el título siguiente: Aldhelmus cecinit millenis versibus odas (Aldhelm., Opp. edit. Oxon., 1844, pág. 248).

El prefacio del libro del mismo autor De laudibus virginum, ofrece también un acróstico doble, pero que difiere del precedente en que el acróstico se lee en la columna izquierda de arriba abajo, y de abajo arriba en la columna final. Este acrostico reproduce el primer verso de la pieza: Metrica Tirones nunc promant carmina castos (Op. laud., pág. 135).

Al mismo género de poemas debe referirse aquel en donde las veinte y cuatro letras del alfabeto están repartidas por su orden al comienzo de cada estrofa. Sedulio trae un ejemplo en su himno A solis ortus cardine, y Fortunato en aquella de sus piezas que empieza con estas palabras: Agnoscat omne sæculum (Carm. XVI).

La liturgia de los Griegos había adoptado también esta especie de acróstico para los himnos ó cánones de su oficio; se hallan algunos cuya primera estrofa comienza por A y la última por Ω. A veces estos acrósticos contienen, ya el elogio del Santo cuvo oficio se celebra, ya una sentencia relativa á la fiesta del día. Así, en el himno compuesto por Juan Eumoración de los tres grandes doctores San Ba- 1 silio, San Gregorio Nacianceno y San Crisóstomo, las veintinueve estrofas de que se compone forman, por la inicial con que empieza cada una de ellas, el siguiente acróstico, que encierra el mayor elogio de esos grandes hom-

ACTA

ΤΡΙΣΗΑΙΟΝ ΦΩΣ ΤΡΕΙΣ ΑΝΗΨΕΝ ΗΛΙΟΥΣ

O TRINITAS, LUCERE TRES SOLES FECISTI.

«¡Oh Trinidad, por ti brillaron esos tres soles!»

(NIC. RAYEI. De acoluthia offic. canonici pro eccles. orient. græc. in solemni commemor. trium doctorum Basilii, Nazianzeni Chrysostomi.)

Las Constituciones apostólicas (11. 27) llaman acrostichia á las primeras palabras de los versículos de los salmos que el pueblo cantaba en las asambleas cristianas: lo restante del versículo era cantado por una sola voz: Alius quidem psalmos David canat, populus vero initia versuum succinat.

ACTAS DE LOS MÁRTIRES.-I. La Iglesia puso siempre el mayor cuidado en recoger detallada relación acerca de los sufrimientos y de la muerte de los mártires. Estos son sus títulos de gioria, y después de las Santas Escrituras inspiradas divinamente, las primeras edades del Cristianismo no nos han legado nada más digno de respeto y de admiración. San Clemente creó siete notarios, y San Fabián siete subdiáconos apostólicos: los primeros dedicados á escribir estos santos anales, los segundos con la misión de velar y dirigir su obra.

Los Papas los mandaban recoger cuidadosamente para depositarlos en los archivos de la Iglesia. San Antero se distinguió sobre todo por su plausible celo en la importante obra que sabemos pagó con su sangre. Hic gesta martyrum, leemos en el Libro pontifical (xix in Ant.), diligenter a notariis exquisivit, et in ecclesia recondidit, propter quod a Maximo præfecto martyrio coronatus est. He aquí la reproducción de una pintura del cementerio de Calixto (Aringhi, t. 1, pág. 539), en la que se cree reconocer la representación de este hecho. El pontifice está sentado en su silla, rodeado de sus diáconos, y los notarios regionales, en número de tres, le presentan, con las mayores demostraciones de respeto, las Actas encerradas en un scrinium colocado á sus pies.

Y tal era la importancia dada á su conservación, que más de una vez fueron escritas en láminas de plomo que se encerraban en las sepulturas de los mismos mártires con sus sagrados restos, á fin de asegurarles la duración que Job quería para sus oráculos (Job, xix). ¿ Quién me garantizará que mis discursos serán grabados en un libro con un estilo de hierro, y sobre una lámina de plomo? Un escritor llamado Ciro (Ap. Sur. Die jun., xvIII)

grabó también en plomo las actas del mártir Leoncio, coronado bajo Vespasiano, y las co-



locó en el loculus donde fué depositado el cuerpo. Nuestro San Gregorio de Tours refiere también que habiendo el emperador Decio hecho tapiar la entrada de la cueva donde se ocultaron los siete hermanos de Efeso, conocidos por los Siete durmientes, con objeto de que alli encontraran la muerte los que no pudieron sufrirla á pesar de los espantosos suplicios y tormentos con ellos empleados, hubo un cristiano que escribió en una tablilla de plomo sus nombres y la historia abreviada de sus martirios, arrojándola á escondidas en el interior de la gruta antes que fuese completamente cerrada (De glor. MM. 1, 95). Según el mismo

escritor, los Santos durmientes, llenos de vida, y la lámina de plomo conteniendo los detalles del martirio, se encontrarían bajo Teodosio: Invenit (episcopus) tabulam plumbeam in qua omnia quæ pertulerant habebantur scripta. En la época del descubrimiento del cuerpo de San Valentín, obispo de Padua, se encontró también en su sepulcro la narración de sus actos escrita en una lámina de plomo. Boldetti trae (tab. 11, n. 3, página 322), y nosotros lo tomamos de él, un objeto de esta

clase que encontró en un loculus de mártir en el cementerio de Ciriaco. Desgraciadamente, el plomo se rompió al tratar de extenderlo, siendo imposible descifrar los caracteres, visibles sin embargo, que allí se habían trazado.

(Véanse los artículos Calendarios, Martirologios y Notarii, preliminares obligados de

No obstante los numerosos obstáculos que dificultaban las funciones de los notarios apostólicos, y á pesar de la pena de muerte im-